ponia á mucho trabajo por ser la cosa en sí tan dificultosa y ella tan sola, y tener tan poco con que hacer el Monasterio. Buscó con mucho trabajo los dineros que pudo para comprar la casa donde ahora es el Monasterio; y porque convenia mucho que se hiciese todo con mucho secreto (porque á saberlo el Provincial, se desbaratara todo), tomó con su gran prudencia una traza muy á propósito, que fué esta: Tenia en Alba á su hermana doña Juana de Ahumada, casada con Juan Ovalle; hácele á él venir á Avila y comprar la casa como para sí, y poco despues vino su mujer tambien, que fué á diez de agosto de mil quinientos sesenta y uno, y comenzaron á labrar en ella. Con esto íbase haciendo algo; y ella, teniendo allí su hermana, tenia ocasion con que haber licencia para salir de su Monasterio y ver lo que era menester para la obra, y lo que se hacia, y dar priesa en ella. Porque en todo lo que trató de esta fundacion desde el principio hasta el cabo, con su gran prudencia y santidad, y principalmente con Dios, que no la dejaba de la mano, guió siempre las cosas de tal manera, que nunca por ellas faltó un punto á la obediencia que segun las reglas de su religion debia á sus perlados, aunque lo deseaba tanto, y aunque el Señor tantas veces se lo habia mandado, que verdaderamente pone admiracion y espanto. Ayudábala una señora amiga suya en lo que podia, pero era poco, y así cargaba todo sobre ella, que para persona tan recogida y que con tanto secreto lo habia de hacer, y si no perderse todo, fué un trabajo casi intolerable. Mientras duró esta obra, acontecieron algunas cosas harto de notar, que despues contaré. Una de ellas fué que teniendo ella una vez necesidad grande de traer unos oficiales, y no sabiendo qué se hacer porque no tenia con que los pagar, se le apareció el glorioso san José, con quien tenia particular devocion, y díjola que los concertase, que no la faltaria con que los pagar. No hubo menester mas con su gran fé: hácelos luego venir á trabajar, y íbala el Señor proveyendo de los dineros por manos de quien nunca los esperara, y todos los que sabian por dónde venian se espantaban; pero ella con la fé que tenia, todo le parecia muy posible.

CAPITULO XV.

De cómo se hacia la obra y de algunas cosas maravillosas que en aquel tiempo la acontecieron.

La obra se hacia poco á poco, pero la casa se le hacia á la Madre muy pequeña, como en la verdad lo era, tanto, que no hallaba dónde pudiese haber refectorio, ni dormitorio, ni parecia llevaba camino de Monasterio. Era menester para iglesia otra casilla que estaba allí junto, pero ni habia con que comprarla ni arte de haberle. Estando en esta duda y congoja, díjola el Señor un dia en acabando de comulgar estas palabras: Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener á dónde me meter? Quedó de esto muy espantada, y vá á la casa y trázala, y halla que se podia hacer Monasterio, aunque muy apretado, y no curó de buscar mas sitio, sino procurar que se labrase todo tosco, cuanto bastase á poder vivir. Púsola mas ánimo para todo, que un dia de la gloriosa vírgen santa Clara, yendo á comulgar se le apareció esta vírgen con gran hermosura, y la dijo que se esforzase y fuese adelante con lo comenzado, que ella la ayudaria. Y salió esto tan verdadero, que del Monasterio de santa Clara, que se llama santa María de Jesus, las ayudaron despues algun tiempo á sustentar. Mas otra vision la vino despues que la animó mas. Andaba en este tiempo pensando á quién seria bueno

dar la obediencia despues de hecho el Monasterio, y inclinábase mucho á darla á su Provincial; pero estorbóselo el Señor, diciendo que no convenia sino al obispo, y que enviase á Roma por cierta via que él la decia, que él haria que viniese el recaudo por allí. En este tiempo, estando en el Monasterio de santo Tomás, dia de la sagrada Asuncion de la gloriosa siempre Vírgen María Nuestra Señora, y pensando en los pecados que en otro tiempo habia en aquella casa confesado, vínola un arrobamiento tan grande, que casi salió de sí, y en él vió que la vestian una ropa de mucha claridad y blancura. No via al principio quién se la vestia; pero despues vió que Nuestra Señora de la parte derecha, y de la izquierda el glorioso san José, eran los que se la ponian. Entendió allí que estaba ya limpia de sus pecados, y via que la Vírgen gloriosa la asía de las manos, y la decia que la daba gran contento en servir á su esposo san José, y que el Monasterio se haria, y se serviria mucho el Señor en él, y ellos dos, y que no temiese que en esto jamás hubiese quiebra, aunque la obediencia no fuese muy á gusto, y que ella y san José las guardarian y su Hijo andaria con ellas, como se lo habia prometido. Y que en señal de que ello seria así, la daba aquella joya: y parecíala que la habia echado al cuello un collar de oro muy mas hermoso que en la tierra se puede hallar, con una cruz de mucho valor que colgaba de él. Despues la parecia los via subir al cielo con gran muchedumbre de ángeles, y ella quedó llena de consolacion y tan encogida y tan enternecida, que estuvo algun espacio sin poderse menear ni hablar, sino casi estaba fuera de sí, y con ímpetus grandes de deshacerse por Dios. Estándose haciendo la obra, y estando la Madre con su hermana, pasaron algunas cosas que ella no cuenta y será bien contarlas. Un dia fueron á sermon á la iglesia de santo Tomé las dos, y un Padre que entonces predicaba, comiénzala á reprender tan ásperamente como si fuera algun gran pecado público, y decia palabras tan pesadas, que su hermana estaba corridísima, y por otra parte tan claras, que no faltaba mas que señalarla con el dedo. La santa, con el deseo que tenia de padecer, estábase entre sí holgando y rien-

do, como estuviera otra si la alabaran mucho; pero su hermana tan mohina, que no paró hasta hacerla volver á su Monasterio, lo cual ella hizo luego sin poco ni mucho turbarse. Pero como era menester asistir allí para la obra, hízola que pidiese licencia al Provincial, y volvió. Estando allí, hizo el Señor un gran milagro por su sierva de esta manera: Tenia Juan de Ovalle un niño que se llamaba don Gonzalo, á quien yo conocí muy bien, y murió poco há, y siendo mozo acabó tan santa y ejemplarmente, que se le echó bien de ver tener en el cielo la parienta que tenia. A este niño le halló su padre, viniendo una vez de fuera, atravesado en el umbral de la puerta sin sentido y yerto, y tomándole luego en los brazos le llamaba, y en el niño no habia señal ninguna de vida. De dónde vino esto, ó qué fuese, nunca se pudo saber, ni si estaba verdaderamente muerto, mas de estar de la manera que he dicho. Viendo esto Juan de Ovalle llévale á la Madre. En esto doña Juana estaba en otra pieza, y aunque oyó algun ruido y se comenzó á alterar, sosególa una señora que la habia venido á visitar con buena disimulacion, porque estaba preñada y en el postrer mes, y de la alteracion se le podia seguir mucho daño. Pero como llegaron los de casa, no se pudo encubrir tanto que ella no lo sintiese, y salió acongojada y dando voces por su hijo, y vínose para la Santa Madre. Ella le tenia atravesado sobre sus rodillas, y dijo á su hermana que callase, y los demás la dijeron lo mismo, y estaban suspensos en qué habia de parar. La Madre, abajando el velo y juntamente la cabeza, acercándola al niño y callando esteriormente, pero allá dentro, como Moisén, dando voces á Dios, para que no desconsolase á los que habia tomado por medio de la obra que queria hacer, estuvo así un rato hasta que el niño comenzó á revivir y á echarla las manos á la cara como regalándose con ella; y como si no se hubiera hecho nada, sino que solamente el niño dispertara de un ordinario sueño, dásele á su madre diciendo: ¡Oh, válame Dios, que estaba ya tan congojada por su hijo, vele ahí, tómela allá! El niño quedó luego con flaqueza, que apenas podia tenerse en pié; pero de allí á un rato cobró sus fuerzas, y andaba

corriendo por la pieza, y volviéndose para su tia y abrazándola y haciendo esto algunas veces. De esto hay hoy testigos de vista, algunos bien dignos de fé, que me lo han contado á mí. El mismo mozo me contó á mí, que solia decir á la Santa Madre, que estaba obligada á hacer que Nuestro Señor le llevase al cielo, pues si no fuera por ella, estuviera desde entonces allá. Tambien he oido algunas veces decir á una señora amiga suya, que dijo á la Madre: Hermana, ¿cómo ha sido esto? este niño muerto estaba: y la Madre se sonrió y calló; y cuando le decia otras veces cosas semejantes que ella pudiera con verdad negar, luego la Madre la respondia amorosamente, y la decia que para qué decia aquellas cosas tan sin camino, pero entonces no la dijo nada. Poco despues de esto le nació á doña Juana un niño, á quien llamó Josepe, por la devocion que la Madre tenia con el glorioso san José. A este niño la Santa Madre, teniéndole algunas veces en los brazos, solia decir: Plega á Dios, niño, que si bueno no has de ser, te lleve Dios así angelito, antes que le ofendas. Como tres semanas habian pasado, cuando le dió el mal de la muerte, y estando ya cerca de espirar, la Madre Teresa de Jesus le tomó en las manos, y le estaba mirando. Mientras ella miraba al niño, doña Juana la miraba á ella con atencion, y vió que se le mudó el rostro y se le puso muy encendido y hermoso que parecia un ángel. En esto espiró el niño, y la Madre salíase de aquel aposento porque doña Juana no se afligiese: ella dijo no se vaya V. m., que ya veo que el niño es muerto. Dijo entonces la Madre con alegre semblante y muy amaravillada: Cosa es para alabar al Señor ver qué de ángeles vienen por el alma cuando se muere uno de estos angelitos. De donde se puede entender que los vió ella entonces venir por el alma de aquel niño.

CAPITULO XVI.

De cómo derribaron los demonios parte de la casa que estaba hecha, y por mandado del Señor fué á Toledo, y volvió al tiempo que era menester para la fundacion.

Volviendo, pues, á lo que habíamos un poco dejado, habia andado la Madre dudosa á quién se daria la obediencia, y pareciala, como hemos dicho, cosa recia darla á otro que á los de su misma órden; pero salió de la duda con lo que el Señor la habia mandado, que lo diese al obispo de Avila, que era entonces don Alvaro de Mendoza y despues murió obispo de Palencia, y por devocion de la Santa Madre se determinó de hacer la capilla mayor del mismo Monasterio de san José de Avila, y enterrarse allí, á donde entendia que ella tambien se habia de enterrar. Y para que esto tuviese la firmeza que era menester, envió á Su Santidad por un breve. Cuanto mas adelante iba la obra, tanto mas se congojaba el demonio con aquella nueva fundacion, de quien tanto se temia, y procuraba de estorbarla cuanto era posible. Habíase hecho una pared muy buena y grande con su cimiento de piedra, y lo demás de tapia con rafas de piedra, ó de ladrillo muy firme, que habia costado hartos dineros, y estos se habian habido no con poco trabajo. Esta se cayó una noche toda con haberla hecho muy buenos oficiales. Y estando Juan de Ovalle muy enojado con ellos y puesto en que la habian de tornar á hacer á su cos-

ta, porque habian tomado la obra á destajo, llamó la Santa Madre á doña Juana, y díjola: Diga á mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla: calle, y tórneles á dar otro tanto. Y despues la dijo á la misma doña Juana: Qué fuerza pone el demonio para estorbar esto, pues no le ha de aprovechar. Esto desmayó mucho á doña Guiomar, y con este desmayo fué á la Madre diciendo que no debia ser voluntad de Dios que aquella obra se hiciese, pues la pared tan bien hecha y tan firme se habia caido. Respondió ella con mucha paz: Si se ha caido, levantarla. Y para haber algunos dineros hizo doña Guiomar un propio á su madre, que estaba en Toro, pidiéndola treinta ducados por orden de la Madre, aunque con harto miedo que no los daria. En pasando dos ó tres dias, dice la Madre: Hermana, alégrese, que los treinta ducados son ciertos; ya están contados y en poder del hombre que enviamos: en la cuadra baja se los contaron. Luego vino el mensajero y se supo que se los habian dado cuando la Madre lo habia dicho. Así que, nada de esto bastaba para turbar el corazon de la Madre: lo que mas pena la daba era que por mucho secreto que habia, en fin, se traslucia á algunas personas, y temíase que en viniendo su Provincial y en sabiéndolo, la habia de mandar que no pasase adelante, y ella estaba determinada de en todo obedecerle. Pero esto se vino á remediar de esta manera. Murió á la sazon en Toledo Arias Pardo, caballero muy principal, señor de Malagon y otros lugares, y su mujer doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, quedó tan en estremo desconsolada, que se temia mucho de su salud. Oyó las nuevas de la Madre y que estaba en Monasterio que podia salir, y vínola gran deseo de tenerla algun tiempo consigo para remedio de aquel nuevo y grande desconsuelo. Luego trató de ello por las vías que pudo con el Padre Provincial Fray Angel de Salazar, aunque estaba bien lejos de allí. No se lo pudo negar el Provincial por ser señora tan principal en todo, y la víspera de Navidad del mismo año de 1561, llégala á la Madre un manda-

miento suyo con precepto de obediencia, que luego se partiese con una compañera. Despues se fué á maitines, y encomendándose mucho al Señor, porque ella no quisiera ir, estuvo todos los maitines ó gran parte de ellos en gran arrobamiento, y en él oyó al Señor que la hablaba de esta manera: No dejes, hija, de ir, ni escuches parecer, porque pocos te aconsejarán sin temeridad. Aunque tengas trabajos, me serviré yo mucho con ellos, y para este negocio del Monasterio conviene mucho ausentarse hasta que sea venido el breve, porque el demonio tenia urdida una gran trama para cuando fuese venido el Provincial. No temas, que yo te ayudaré allá.

Ella quedó consolada con esto y esforzada, y aunque la decian algunas que no fuese, que era invencion del demonio aquella, y que escribiese á su Provincial, no hizo caso de eso, sino fuese al Padre Salazar, Rector del colegio de la Compañía de Jesus, y díjoselo, y él respondió que en ninguna manera dejase de ir. Con esto se puso en camino: acompañóla Juan de Ovalle, y dejándola en Toledo se volvió él á Avila. No perdió la Madre nada en el camino, porque doña Luisa se consoló y mejoró mucho con tan buena huéspeda, y la cobró gran amor, y de ahí vino despues á ser fundadora del Monasterio de Malagon, como diremos á su tiempo, y á la Madre hizo Nuestro Señor grandes mercedes el tiempo que estuvo allí. En la casa de esta señora vino á haber gran mudanza y mejoría desde entonces: comenzóse á confesar toda la casa con los Padres de la Compañía de Jesus, y frecuentábanse los Sacramentos y dábanse limosnas. Teníanla todos gran respeto y reverencia, y maravillábanse de ver su santidad, y con deseo de ver algo de lo que entendian que Dios hacia con ella, despues que ella se encerraba en su aposento, la iban á mirar por entre la puerta, y la veian arrobada y despues salir con gran disimulacion, como si nada hubiera pasado por ella. Estaba allí entonces una doncella que se habia criado en aquella casa, cuyo nombre era María de Salazar. Esta llevó la mejor parte, porque con aquel ejemplo que Dios la habia puesto delante, se movió mucho, y

comenzó á darse á la soledad y oracion, y confesóse generalmente, y en fin, con lo que vió entonces y despues otra vez que pasó por allí yendo á fundar á Malagon, la vino Dios á traer á la religion, donde está ahora Priora de Lisboa, y lo fué primero mucho de Sevilla: llámase en la religion María de san José, de quien yo pudiera decir mucho, si no tuviera intento de decir poco de las vivas. Entonces tuvo noticia de ella una beata de su misma órden, mujer de mucha penitencia y santidad, á quien el Señor habia movido el mismo mes y año que á la Madre para hacer otro Monasterio semejante. Y habia con este deseo vendido todo lo que tenia, é ido á Roma á pié y descalza para traer despachos para ello, y Nuestra Señora tambien se la habia aparecido y mandado que hiciese el Monasterio. Esta era de lejos de allí, y haciéndosele camino, aunque con mucho rodeo, vino á Toledo á verse con la Madre, y estuvieron quince dias juntas, y trataron de la órden que habian de tener para fundar sus Monasterios, y consoláronse mucho la una con la otra, conociendo los dones de Dios y la conformidad de su llamamiento.

Llamábase esta sierva de Dios María de Jesus, y fundó en Alcalá un Monasterio de Descalzas Carmelitas, y allí vivió algunos años con muy santo ejemplo y acabó con gran santidad. No fundó mas Monasterios de este, el cual yo ví el año de 1585 y hablé á la Priora, y me informé así de la Madre María de Jesus, como de lo que en el Monasterio habia. De la Madre me dijo mucho de su santidad, que holgara se me acordara para decirlo aquí, y la Priora me pareció muy religiosa. Tenian ya las constituciones de la Madre Teresa de Jesus y en todo querian seguirlas, aunque no estaban sujetas á los Padres Carmelitas, sino al Arzobispo de Toledo. Estúvose la Madre Teresa de Jesus en Toledo con doña Luisa de la Cerda medio año, y entretanto su hermana doña Juana se volvió á Alba al principio de junio de 1562 años; y Juan de Ovalle, como se tardaba ella tanto, se volvió á Toledo á despedirse de ella, y vino á la vuelta por Avila con pensamiento de partirse al dia siguiente á

Alba, como lo habia allá concertado con la Madre, pareciéndole que ya no era menester allí su presencia. Pero porque lo era, y Dios queria que aquella obra se acabase, ordenó las cosas de otra manera, porque apeándose en la misma casa, que es ahora de san José, le dió un frio y luego una calentura muy grande, de manera que le fué forzoso detenerse allí, y desde á quince dias vino la Madre de Toledo, habiendo quedado sin pensamiento por entonces de venir. La ocasion de su venida así tan de pronto fué esta: Vino en este tiempo recaudo de su Provincial, en que la alzaba la obediencia y la daba licencia para venirse ó estarse mas, como ella mas quisiese. Pero porque en la Encarnacion habia de haber de allí á poco la eleccion de Priora, y de allá la habian avisado que la querian á ella elegir, queríase detener hasta que fuese hecha la eleccion por no ser elegida. Estando ella en este pensamiento, díjola el Señor: En ninguna manera, hija, te dejes de ir, y pues deseas cruz, buena se te apareja, no la deseches, que yo te ayudaré; vé con ánimo y sea luego. Fué con esto á su confesor, que era un Padre de la Compañía de Jesus, muy fatigada; pensó que la cruz era el ser Priora, y él la dijo que lo hiciese, pero que se detuviese algunos dias por las grandes calores que hacia, que bastaba llegar allá al tiempo de la eleccion. Ella queríale obedecer, pero el Señor no la dejaba, porque era tan grande el desasosiego que traia en sí, que no podia tener oracion; parecíala que faltaba de lo que Dios queria, y que por estar allí con regalo no se queria poner en el trabajo que la esperaba, y otras cosas de esta manera. Al confesor tambien le movió Dios, y la dijo que se fuese; y habiendo trabajado mucho con aquella señora y traídola muchas razones para que la dejase ir, se hubo en fin de partir con mucho contento, porque considerando que aquello era mayor servicio de Dios, todo el trabajo la parecia nada. Fué de tanta importancia para la fundacion del Monasterio el partirse luego, que si poco mas se detuviera, fuera posible no concluirse el negocio, como lo diremos en el capítulo siguiente.